

En una marcha de siglos, siguiendo los pasos de los que abandonaron el mítico lugar de las siete cuevas, hijos y nietos de peregrinos nos venimos a vivir aquí. Muchos llegamos con el paisaje a cuestas, adivinando el lago rencoroso en la sepultura de asfalto, inventando jardines minúsculos en botes de lata, conservando una gallina en la azotea, adoptando gatos y perros, soñando mares con peces secuestrados. La reducción del horizonte tenía sus venganzas en los cromos de calendario que abrían huecos en las paredes. La vecindad como refugio era un tránsito milagroso.

Aquí estaban ya los demás. Su antigüedad los hacía dueños de secretos que aprendimos a golpes. Eran maestros severos, jefes de pandilla, patrones, vecinos solidarios, burgueses arcaicos que recorrían la colonia como mercaderes en transición, empujando carretones de verdura que un día se atoraban para siempre bajo el techo de un local; era el progreso que transformaba la aventura del comercio en seguridad de herencias; era la maestra que nos amontonaba en la fila de los retrasados que por concesión iniciaban el curso en cualquier época del año, asombrados ante el pizarrón y sometidos por el mesabanco; eran los choferes y los cobradores del camión, nuestra esperanza para llegar a los brazos del laberinto en la búsqueda del trabajo; eran los hermanos que en el desamparo probaban nuestra sed de vivir, nuestros deseos de seguir aquí, nuestra condena de vivir aquí, nuestro derecho a achicarles el espacio. Ellos nos llenaban de consejos y de golpes, eran la oportunidad, la pista, el contacto; ellos nos hicieron sacudir el brillo que nos dejó el sol y el olor del campo en nuestros cuerpos; los vecinos, los que habían completado las pruebas, los que tenían trabajo, escuela o amigos. Luego de la primera pelea en la fila de las tortillas, en la puerta del baño común, en la banqueta, entonces, con una mezcla de rencor y de admiración, comenzamos a ser también nosotros de la ciudad, la vida anterior y sus paisajes pasaban al reducto de las vacaciones, ahora sabíamos que aquí debíamos vivir.



Foto: Rogelio Cuéllar

# La Ciudad y su Destino

Por Samuel Salinas Álvarez



Foto: Rogelio Cuéllar

Creo que fue en mi libro de cuarto año en donde leí un texto sobre el temblor del 57. Ya no recuerdo bien lo que decía, algo así como que fue muy fuerte y que toda la gente se espantó muchísimo. De lo que sí me acuerdo es del dibujo. Un maestro con lentes y bigotes señalaba una grieta en los muros de la escuela. Lo rodeaban una niña de trenzas y un niño moreno. Parecía como si les estuviera enseñando la escuela por primera vez. Creo que lo más importante de aquel temblor fue que el ángel se cayó y se le rompieron las alas.

“El 28 de julio de 1957, un temblor de 7 grados Mercalli con epicentro frente a las costas de Guerrero hizo caer de la columna donde se encuentra al Ángel de la Independencia. Este terremoto se sintió en el Distrito Federal, y en los estados de Guerrero, México, Veracruz, Puebla, Oaxaca, Guanajuato, Hidalgo, Michoacán, Morelos y Nayarit, según los reportes. Fue el sismo más fuerte registrado en 60 años y tuvo una secuela de 30 temblores en 16 horas.

“Dejó un saldo de 52 muertos, 569 lesionados, más de cien derrumbes importantes, 66 escuelas cuarteadas en el DF y pérdidas materiales por más de cien millones de pesos. Los edificios más afectados en esta ciudad fueron los multifamiliares Juárez y Alemán y los localizados en Frontera y Alvaro Obregón, en Insurgentes y Coahuila. Este último era de Cantinflas. En Chilpancingo, Guerrero, 30 por ciento de las casas se desplomó y 50 por ciento más sufrió daños.” (*Excélsior*, 20 IX, 85).

*Desde mi casa se puede ver la torre*

Nuestros primeros paseos a Chapultepec eran para vender palomitas, buñuelos, petacas de plástico y, a veces, tortas. Mi hermana se quedaba a cuidarnos mientras mi papá, mi mamá y mi hermano el grande se iban a caminar por todos lados. Chapultepec me parecía gigantesco y recuerdo que olía a pasto mojado. Llegábamos muy temprano y nos íbamos antes de la hora de la comida. Esos domingos, por la tarde, subíamos a la azotea para ver la torre Latinoamericana. Mi papá había prometido llevarnos, pero mi hermana la chiquita no quería ir, le daban miedo

los temblores y decía que allá, arriba, se sentía todo el tiempo como si estuviera temblando porque el edificio brincaba al paso de los camiones. Por culpa de mi hermanita mi papá nunca nos llevó, aunque tuviera los cuatro pesos que costaba la entrada de todos.

### Edificios y vecindades

Al principio había muchos terrenos para irse a jugar. Luego, una mañana cualquiera, una barda nos impedía el paso y un tiempo después ya estaba listo el edificio. Con los que ahí vivían no se juntaba nadie. Ellos llegaban en sus carros y entraban a sus departamentos sin saludar. No se les veía ni en el mercado, ni en la escuela, ni en la iglesia. Los que íbamos a trabajar de cerillos al supermercado les recibimos alguna vez un peso por cargarles los bultos hasta el coche. Luego tiraron la vecindad donde vivía El Mosco, Doña Lugardita, Ema y otros que no recuerdo. Con más razón no les hablamos a los que llegaron al edificio que hicieron ahí. Nos daba coraje que por su culpa se hubieran tenido que ir, no sé a dónde, nuestros amigos. El Mosco era un cuate con mucha suerte. Siempre que íbamos con él caminábamos mirando al piso para ganarle y recoger primero las monedas y los juguetes que le salían al paso. Cuando se casó la hija de la señora de la lechería, Don Nazario nos pidió la vivienda para arreglársela a los nuevos inquilinos. Mi papá consiguió unos cuartos en la Santa María. Ahí nunca tuve amigos.

### El Valle de Anáhuac

Ciudad de México sobreviviente de la furia de los explotados, de los esclavizados. Ciudad de México conquistada, cruzada en equis predestinadas por revolucionarios que saben, adivinan el poder de la silla, la profecía del águila. Ciudad de México convertida en símbolo, volcada sobre sí misma por el río de sus habitantes llevando sus donativos a Bellas Artes, a Cárdenas que se arriesgó a la furia que viene del Norte y declaró y consumó la propiedad de la nación sobre su petróleo. Ciudad de México creciendo en contracciones, extendiéndose hacia todas las direcciones, rechazando sin conciencia

la cultura mágica y la científica y burlándose del lago, del suelo, plantando agujas a la manera del malabarista que hace girar el plato sobre el equilibrio efímero de un bastón y un cuerpo social que se mueve en la dirección que le ordena el destino. La primera gran aguja quedó plantada frente a Bellas Artes, su éxito e inevitable prestigio la convirtió en fábula ejemplar: la Torre Latinoamericana no se cae aunque tiemble. La torre de Banobras se trianguló con la de Relaciones Exteriores y con las torres de lujo en el extremo norte de Tlatelolco. La adolescencia tecnológica de México se reflejaba en ese deseo de crecer, de ser el joven prodigio, de figurar por las hazañas, una ciudad de palacios, casi tan alta como Nueva York, casi tan bella como París, casi tan fluvial como Amsterdam, casi tan maquiladora como Hong Kong, casi tan colonial como Lima, casi tan sobria como Toledo, casi tan increíble como Disneylandia. En la Ciudad de México, hasta el 18 de septiembre de 1985, una cantidad de entre dieciocho y veinte millones de personas seguían con su vida por delante, empujando el carretón de la crisis, adaptados a la cotidianidad hecha multitud y al futuro hecho incertidumbre, sumergidos en una ciudad que no necesitaba ser casi tan parecida a ninguna otra porque al final venía a ser única, convertida en única opción, único destino e imagen nacional de la oportunidad, el movimiento y la esperanza.

### Los otros que me dan plena existencia

—¿Estás bien?  
—¿Cómo están todos?  
—¿Ya te llamó mi hermano?  
—¿Qué pasó? Parece que se derrumbó una casa aquí cerca.  
—Vente bebida, no llores.  
—Estuvo durísimo.  
—Ya hablé con ella, está bien.  
—¡Deja ese teléfono!  
—Se fue la luz.  
—Háblale a tus hermanos, de aquí no salen las llamadas.  
—Duró muchísimo.  
—No se preocupen, no se preocupen, tranquilos.  
—Se rompió el platito de porcelana.



Foto: Rogelio Cuéllar

—Escucha, es una ambulancia, yo creo que por ahí hubo una desgracia.  
—Baja despacio.  
—No se muevan.  
—¡Rápido, salgan!

### Cuando la vecindad se convirtió en (vida) privada

En la vecindad a donde nos cambiamos había un letrero que mi mamá nos hizo leer uno por uno: **SE PROHIBE JUGAR PELOTA**. Las puertas de todas las casas permanecían cerradas. No había patio, sólo un pasillo largo y angosto con una jardinera al lado izquierdo. Las enredaderas disimulaban los ladrillos de un muro enorme. En esa casa todos decían buenos días pero nadie se hablaba. No había pleitos pero tampoco amistades. También en esa colonia estaban derrumbando casas viejas y levantando condominios para condómines, una especie en crecimiento que yo ya había visto rondar por otros terrenos baldíos. Cada quien prendía o apagaba el foco que iluminaba su puerta según la rutina de sus familiares. A nadie le importaba si ya había llegado la del ocho o el borracho del uno. Aprendí que no eran los del trece o los del siete sino la familia Sánchez, los d'Angoitia y los Batmaster. Un día advertí que, al darle instrucciones a un amigo para que llegara a la casa, le dije: del metro son como ocho calles, junto a una escuela ahí está la privada.

Luego la casa se nos hizo grande por el desfile civil y eclesiástico de los hermanos. Finalmente nos repartimos todos al azar en algún hueco libre y habitable. Desde mi cuarto de la colonia Roma sentía el privilegio de estar sobre el abdomen de la ciudad. Un poco de imaginación y algo de pintura hicieron del espacio un estudio al estilo europeo, un pisito madrileño, una buhardilla parisina. Todo casi perfecto gracias al simulacro de jardín que escenifican las plantas de sombra y una enorme ventana desde donde se podían ver los edificios de la Secretaría de Pesca y del Seguro Social e imaginar los rascacielos de la avenida Insurgentes. Todo tenía el encanto de la soledad amenizada por Ravel y los grabados azules en las paredes y la envidia de los amigos que venían a sorprenderse por el milagro de la renta congelada, la buena ubicación y el orgullo de vivir en lo que llamábamos barrio de artistas e intelectuales.

#### *La multidimensionalidad del sueño*

En el sueño no hay reglas a pesar de Freud como no hay reglas para medir las posibilidades del hombre y del universo. Gracias al sueño la realidad es posible. Amasiato de contrarios, mito y razón, sueño y realidad, vida y muerte se hacen posibles y se anulan. Pasar del sueño al sueño con los ojos abiertos y los sentidos alertas es un dislocamiento que transforma. La realidad es regular, posible, razonable. En esa cuadrícula es

posible moverse, fuera de ella las posibilidades no son calculables, es el imperio de la exaltación, los sueños, los deseos, la mística, la trascendencia universal, el yoga, las religiones no institucionalizadas, los vuelos lisérgicos, los salones de juego, la magia y la suerte. Nadie puede vivir en las dos dimensiones de la cuadrícula. Nadie puede vivir en la multidimensionalidad del sueño. Al abrir los ojos se habían borrado las fronteras, se habían roto las reglas de enfrentamiento, la regularidad de la vida y la certeza intemporal de la muerte. No fueron las imágenes, no fueron los sonidos de la barda al caer, no fueron los gritos, no era un espectáculo distante y bajo control, no era el adivinado sentimiento frente a la muerte, era el contacto titánico de una pareja opuesta, intocable, un abrazo imposible que se consumaba sin aviso certero alguno, sin pasaporte al futuro, sin razones o metáforas.

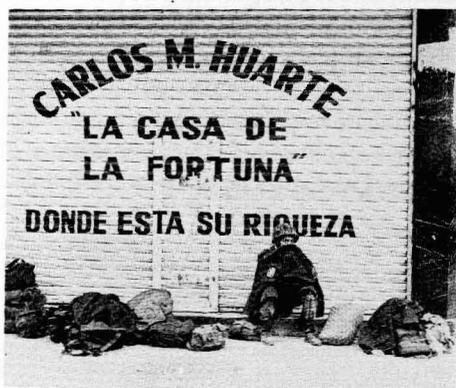
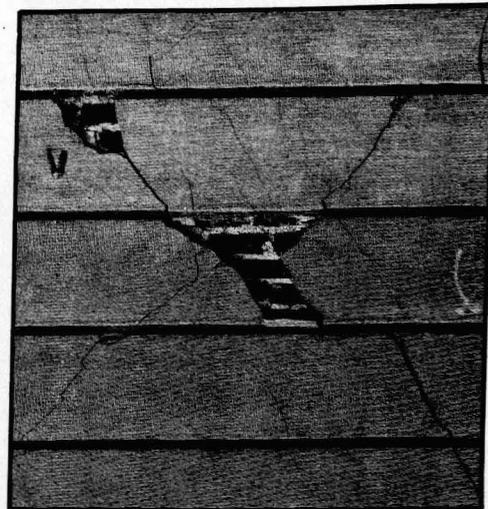


Foto: Rogelio Cuéllar



#### *El signo*

“No hay precedentes de lo que ocurre. No los hay. Las siete plagas descritas por Motolinía, son antecedentes remotos: fueron los días que sucedieron a la conquista.

“Lo de ahora parece resultado de una maldición. No hubo día de este tiempo, semana o mes en el cual los avisos no fueran aciagos. Y lo último: una ciudad en parte desplomada. El caos, por fin, enseñoreando la vida cotidiana. Todo ha quedado suspendido, débil, indefenso, provisional, sujeto a una y otra y otra contingencia. Del desastre a la muerte.

“¿Qué ha ocurrido, Dios?

“Sobre la pobreza, el desempleo y la angustia de nuestra vida, la visión del fin en el centro de la ciudad. Unas cosas llegaron por decreto; en otra, la culminación entre escombros y fuego. Lo sucedido es misterioso: vino de la tierra misma, como si algo estallara en las entrañas del país con el deseo frenético de acabarnos de una vez por todas. Hay signos que deben reconocerse. No es castigo sino advertencia. El trazo de fuego sobre la ciudad o debajo de ella. De todos modos, signo.

“¿Qué hacer frente a tanta adversidad? “Rehacernos. A unos cuantos pueblos se les somete a mayores pruebas. Así al nuestro. Aceptémoslas para convertirlas en voluntad, así debe ser.” (Gastón García Cantú, *Excelsior*, 20 IX, 85.)

#### *Las primeras horas*

- Ya pasó.
- Yo todavía siento que tiembla.
- Mira la lámpara. Ya pasó.
- Parece que estuvo grave.



Foto: Rogelio Cuéllar

— ¡Gravisimo!  
 — ¿Viste el humo?  
 — ¿Cuál humo?  
 — Aquí, el de la casa de enfrente.  
 — No fue humo, mira, se derrumbó la barda.  
 — ¡Cuidado con el librero!  
 — Vamos a bajarlos. Ayúdame.  
 — Bájalos tú, voy a comprar el periódico.  
 — ¿A poco crees que trae la noticia?  
 — No, creo que no. Entonces hay que poner el radio.  
 — No hay luz.  
 — Voy a comprar unas pilas.  
 — Voy contigo, yo aquí no me quedo.  
 “Hay una extraña tranquilidad en las instalaciones de la Cruz Roja, me reportan que hasta el momento no han ingresado heridos graves...”

— ¡Cámbiale!  
 “La ciudad de México ha sufrido uno de los peores terremotos de que se tenga noticia...”  
 “Parece que se derrumbó un edificio de Tlatelolco pero hasta el momento no hay noticias seguras. Un compañero se ha trasladado al lugar para informarnos...”

#### *Círculos que se alejan hasta encontrar ausencias*

— **E**n la esquina están poniendo unos lazos. Hay un montón de vidrios colgando de las ventanas. Las columnas se doblaron. A ese edificio le pusieron unas varillitas y le echaron catorce pisos.  
 — Ya junté agua y compré comida. Cuando iba a pagar se descompusieron las máquinas.  
 — ¿Y para qué compraste más cosas? teníamos bastante.  
 — Quién sabe como se vaya a poner esto. Había un montón de gente. Algunos cuates llevaban el carrito lleno de botellas.  
 — ¿De agua mineral?  
 De ron, tequila, cervezas. No faltó el que comprara también algo de botana.  
 — A los del edificio les fue como en feria. Están todavía con pijama, parados frente a sus departamentos, nada más mirando a ver a qué horas se cae el edificio.  
 ¿Tú crees que se caiga?  
 — Y hasta el piso. Lo malo es que tiene tanques llenos de gas en la azotea.  
 — Si se cae volamos todos.  
 — Quién sabe. A lo mejor no pasa nada.  
 — ¿Fuiste a ver lo que pasó en Insurgentes?

— ¿Para qué? No, lo mejor es quedarse aquí o ir para mover piedras. Parece que hay gente viva en los escombros.  
 — Vamos a ver, nos llevamos la cámara.  
 — ¿Qué?  
 — Para tomar unas fotos.  
 — Ya ni la arruinas. Vamos pero sin cámara, sin fumar y sin arriesgarnos.  
 — ¡Sale!  
 — Parece que todos están bien. Los de la chamba ya hablaron a la mayoría de los cuates.  
 — Ojalá no se haya muerto nadie.  
 — ¡Ojalá!

#### *Primero fue el silencio*

“**P**rimero fue el silencio, el temor, el desconcierto. El temblor que no paraba. Las lámparas moviéndose, los cristales rompiéndose, el piso oscilando... el interior de la tierra tronaba. Los edificios desplomándose, las casas que caían, las escuelas desbaratándose. Y la gente gritaba, lloraba, imploraba...  
 “Unos corrían por las calles. Se abrazaban a sus seres queridos. Otros rezaban de rodillas a las puertas de sus casas. La gente huía. Huía sin saber a dónde. Los cables de luz se golpeaban;



Foto: Rogelio Cuéllar

brincaban las chispas. Los relojes se habían detenido. Las 7:19 horas. Nadie sabía qué hacer. Y el temblor seguía.”  
 (Martha Anaya, *Excelsior*, 20 IX, 85.)

#### *Los datos*

“**E**l sismo de ayer fue registrado a las 7:19 horas con un grado de intensidad de 7.8 en la escala Richter y 8 grados en la escala Mercalli, con epicentro localizado a 50 kilómetros de la costa entre los estados de Guerrero y Michoacán.

“El Servicio Sismológico Nacional precisó que el movimiento telúrico abarcó un área de ochocientos mil metros cuadrados y que sus efectos llegaron hasta Chiapas.

“Este sismo ha sido el de mayor magnitud en el país en el presente siglo, precisó el Instituto de Geofísica de la Universidad Nacional y dio a conocer que a partir de las 7:19 horas de ayer y hasta las 16 horas se registraron otros 19 movimientos de tierra en el DF y el área metropolitana.” (*Excelsior*, 20 IX, 85).

“Mi casa derrumbada, mi casa de tantos años...”

— Ahí déjale.

— “Voy a tratar de aproximarme... Estoy cumpliendo con mi labor informativa... Pues voy a pasar, discúlpeme... Televisa, voy a pasar... Me informan que hay peligro de... fugas de gas... voy a dar la vuelta... La torre de canal cinco está caída sobre la avenida, mi casa de tantos años destruída...”

— ¡Cámbiale!

“Confirmado, el Edificio Nuevo León de la Unidad Tlatelolco está totalmente derrumbado, el Hotel Regis se está incendiando, hay fugas de gas en varios puntos de la ciudad, recomendamos no encender cerillos, no fumar, creemos que lo mejor que pueden hacer es quedarse en sus casas, hay una enorme cantidad de curiosos, hay edificios que pueden caerse en cualquier momento...”

— ¿Ya revisaron el edificio?

— Sí, parece que no tiene nada.

— Pues al departamento no le ocurrió nada.

— Ahora menos nos salimos de aquí. Ahora sí que venga la administradora a correrlos, ya verá cómo la sacamos nosotros a ella. Este edificio ya es nuestro, si se hubiera caído...

— ¡Cállate, deja oír!

## Competencias e incompetencias

“El secretario de la Defensa Nacional, Juan Arévalo Gardoqui, informó que minutos después del temblor, el Ejército puso en operación el Plan DN-III de auxilio a la población civil, de inmediato entraron en acción 200 motociclistas por toda la ciudad para reportar daños y ayuda.

“Siete batallones también prestaron auxilio, asimismo, 40 ambulancias del Hospital Central Militar a disposición de las autoridades para atender cualquier urgencia; 30 helicópteros en Santa Lucía y puerto aéreo están disponibles.

“La Secretaría de Protección y Vialidad declaró en estado de desastre al Distrito Federal, se declaró incompetente para atender las emergencias y solicitó el auxilio del Ejército. El titular del ramo,

General Ramón Mota Sánchez, recorre la ciudad para cuantificar las desgracias personales y daños materiales.

“A pesar de que más de 30 mil miembros de la SPV trabajan en toda la capital en el rescate de atrapados, heridos, no logró darse abasto para el auxilio”. (*Últimas Noticias*, 19 IX, 85.)

## Las horas de luz sobre los cristales

Una dramática imagen del tiempo es el prisma fantasma que la luz forma en la profundidad de los cristales. A voluntad, puede sentirse objeto o reflejo: es el juego de los niños que crean arcoíris al entornar los ojos, que niegan imagen o figura con un ajuste de retina, con un movimiento de pantalla interna. El cristal en la ciudad afirma autonomía y seguridad. Frente al abismo poder tender las manos para recoger el río de las calles, acariciar el milagro de las luces, dirigir la marcha minúscula de los andantes. Era la magia de saberse suspendido en el aire, con autonomía y firmeza. Un día esa seguridad se estrella y las alturas invaden el espacio, la potencia tecnológica se anula y la palabra “habitable” cambia de sentido.

“El de ayer fue un sismo comparable en intensidad sólo al de 1911 que destruyó totalmente Ciudad Guzmán, y el registro en la escala de Richter lo iguala al ocurrido en el Distrito Federal en 1957, pero de mucho mayor intensidad en relación a daños, con grado 8 en la escala de Mercalli, señaló el director del instituto de Geofísica de la UNAM, doctor Ismael Herrera.



Foto: Jorge Pablo de Aguirre

“Explicó que debido a que el registro de los instrumentos sismológicos es muy fino y de alta precisión, más que la sensibilidad de las personas, no es posible establecer con precisión la duración del sismo, considerado en general como oscilatorio.

“Explicó el doctor Herrera que el sismo se originó como resultado de la acumulación de energía liberada a causa del acomodamiento de capas de la superficie de la tierra y el esparcimiento de los fondos submarinos, como proceso continuo de la corteza terrestre.

“Comentó que por el momento no es posible dar a conocer todos los registros del sistema que corresponde al Servicio Sismológico Nacional, dependiente de la UNAM, porque las comunicaciones están interrumpidas.

“Reiteró que se puede afirmar que no se repetirá el fenómeno, de acuerdo a los registros de otros fenómenos similares en los servicios de cargo del Sismológico y los datos reunidos en el Instituto de Geofísica de la UNAM”. (*Excelsior*, 20 IX, 85).

## El comienzo del éxodo

Por la noche la memoria del sismo se convirtió en presagio. Las imágenes perdieron su color al hundirse en el terreno pantanoso del inconsciente. Ningún barroco, ninguna referencia a Dante, ninguna imagen fílmica, ningún relato popular, ninguna crónica, absolutamente ningún augurio o color o sonido bastaban para abarcar la enormidad del asombro. La fractura no era geométrica en ninguna de sus versiones, era un sentimiento, la certidumbre de que todo se había transformado, los vacíos físicos, conceptuales y amorosos fueron



Foto: Rogelio Cúbillar

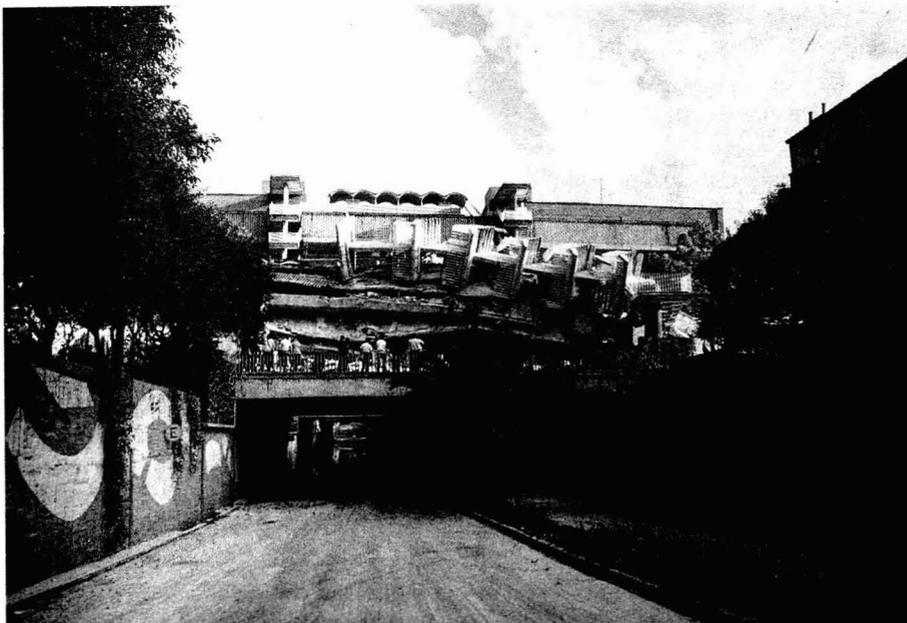


Foto: Rodolfo Lozoya

llegando para morder la marcha de los sobrevivientes. Algún nombre cercano, alguna referencia, un rostro, una discusión quizá reciente, una dirección, incluso momentos futuros que se anulaban en la perspectiva cotidiana, se significaban dolorosamente en un nuevo espacio, se convertían en esperanza de lucha contra la sombra a la espera del rescate, una multitud de referencias en el torbellino de las noticias, un ajuste iniciado en la ruptura y en la ignorancia del fin. La respuesta al aislamiento, al anonimato, a la multiplicación de las nulidades minúsculas que se clavan con cada confirmación: hacer, hacer, hacer, convertir la angustia en transformaciones telefónicas, en ayuda, en solidaridad, en gritos, en llanto, en huida; hacer algo para conjurar la parálisis que antecede y significa a la muerte, eludir la palabra con su repetición, evitarla con la obstinación sobre los escombros, evitarla con la mudanza precipitada, evitarla con el refugio en el sur, evitarla con las trampas de la memoria, evitarla con la invocación al padre nuestro, a cualquier presencia paternal, incorporarse al éxodo temporal o definitivo, incorporarse a cualquier peregrinación filosófica, religiosa o atea con la esperanza de ser multitud ante la muerte, con la esperanza de no estar solo y aislado en el momento impredecible de la muerte.

### El duelo

El presidente de México, Miguel de la Madrid decretó tres días de duelo nacional. La Bandera Nacional sería izada a media asta. Se suspendieron los actos oficiales de carácter festivo.

### En televisión la imagen de una principessa

— Ya llegó la luz.  
 — Prende la tele.  
 — En el dos hay telenovelas.  
 — No es cierto.  
 — Sí, *Principessa*.  
 — Búscales en otro canal.  
 — En el cuatro hay una película. En el cinco, caricaturas. Mira, en el siete hay noticiero.  
 — No puedo creerlo. Televisa está con su programación normal.  
 — A lo mejor es porque no tienen dónde transmitir en vivo, por eso meten puras series grabadas.  
 — ¿A poco se les cayó también el edificio



Foto: Rogelio Cuéllar



Foto: Rodolfo Lozoya

de San Angel?

— Pues no.  
 — Déjale al siete.  
 — Espérame, está hablando el regente.  
 — A poco sale en la telenovela.  
 — ¡Cállate!  
 — Se ve que están nerviosísimos.  
 — Imagínate, tantos sexenios que ha habido y a ellos les tenía que tocar el temblor.  
 — Yo creo que por eso tiemblan.  
 — Deja oír.  
 — Quizá convendría irse de la ciudad.  
 — ¿Tú crees? ¿A dónde?  
 — A Veracruz, a Guanajuato, a Cuernavaca.  
 — Cuernavaca está tronada desde hace mucho. ¿Nunca has manejado en un fin de semana? Parece embotellamiento en Coyoacán: sin salidas, con un montón de gente y un calor del demonio.  
 — Escucha. Hay que hervir el agua.  
 — ¿Con qué gas?  
 — Es cierto.  
 — Ya volvió a comenzar la telenovela.

— Espérate, dijeron que iba a hablar el del Seguro Social. Mientras cámbiale al siete.

— ¡Ya se fue de nuevo la luz!

— No se te ocurra prender una vela, sigue oliendo mucho a gas. Mejor vámonos a otro lado.

— Pero rapidito. No vaya a temblar de nuevo y nos agarre la carrera a oscuras.

— No veo nada.

### La edad de una generación

El nuevo día era siempre un día igual que nos iba echando años encima sin protestas ni avisos. Era la edad de una generación que no poseía ningún mito colectivo, ninguna propiedad, ningún signo. Veíamos a los profesores hablar del 68 con el gesto del coraje y nosotros

sentíamos un vago compromiso, era una lucha heredada, parte de la historia de todos que a nosotros nos tocaba minúscula: no lo habíamos vivido. Luego el Cono Sur comenzó a incendiarse y nosotros nos dirigimos a las peñas, a los comités de solidaridad, aceptamos a los argentinos, a los chilenos, nos hicimos sus amigos, aprendimos las canciones de Víctor Jara, lo intentamos con la quena y el charanguito hasta que nos aburríamos de querer sentir lo que no recordábamos y nos dispersamos por una pluralidad de sentimientos y ritmos. Las bandas juveniles, las luchas sindicales de los maestros, las luchas de los universitarios, la estridencia punk, la música disco, las iglesias que se formaron alrededor de la salsa y el merengue, una depuración que nos lanzó de las instituciones para ir dejando una red de amigos como lo único válido, los amigos que nos daban cobijo, que nos escuchaban, que nos conectaban con alguna chamba, que

soportaban nuestras derechas y nuestras izquierdas. Una generación achaparrada por una herencia difícil, por una historia de rebeldía para la que no teníamos aún la altura suficiente. Luego vino el terremoto. Nuestro signo no sería ni el de la destrucción ni el de la reconstrucción. Nuestra generación adquiriría el espejismo de la solidaridad, una voluntad de unidad y de ayuda que no podía diluirse al concluir la emergencia. Los miles de jóvenes que desbordaron la organización institucional, que se reunieron en la UNAM o en el CREA o en sus escuelas activas, inactivas, oficiales, privadas, experimentales, tenían ahora una real experiencia y una oportunidad. La opinión se definiría muy pronto en la vuelta a la normalidad o en la transformación de todo a partir de una verdad única: seguíamos vivos.

### Escalas

**M**icrosismo. Detectado por instrumentos.

Sentido por algunas personas. (Generalmente en reposo)

Sentido por algunas personas dentro de edificios.

Sentido por algunas personas fuera de edificios.

Sentido por casi todos.

Sentido por todos.

Las construcciones sufren daños moderados.

Daños considerables de estructuras y colapso de edificios en mal estado.

Daños graves y pánico general.

Destrucción en edificios bien contruidos.

Casi nada queda en pie.

Destrucción total.

—“¿Por qué se utilizan dos escalas, la de Richter y la de Mercalli para medir las consecuencias de un sismo?”

—La escala de Richter mide la *magnitud* del sismo, mientras que la escala de Mercalli mide la intensidad con que se percibe el fenómeno en un punto determinado. La escala de magnitud está relacionada con la energía liberada como ondas sísmicas; la de intensidad con los daños producidos por el sismo. Ambas escalas son necesarias puesto que miden aspectos diferentes del mismo evento. Así, la escala de magnitud está relacionada con el proceso físico mismo, mientras que la de intensidad con el impacto del evento en

la población, las construcciones y la naturaleza. Podemos ver que la escala de intensidad es en gran medida subjetiva. No nos da información sobre la energía liberada en el temblor, puesto que, por ejemplo, un sismo pequeño puede causar más daños a una población si está cercana al epicentro, que uno grande pero a mayor distancia.

### A la vuelta de los espasmos

**H**abíamos regresado a casa luego de hacer un largo recorrido. En el CREA nos habían enviado a conseguir latas de comida, al edificio Nuevo León no nos dejaron aproximarnos. Pudimos ayudarlo a algunas personas a transportar sus cosas a un jardín cercano. Se había recuperado buena parte del alumbrado público por lo que, aunque tuvimos que dar un gran rodeo, pudimos llegar al departamento en la colonia Roma. La periodista de canal siete seguía transmitiendo mensajes. Sentí un jalón y me preocupé por un nuevo mareo. Tenía en la mente el edificio de departamentos y mi discusión con los soldados que no me dejaron aproximarme a quitar piedras. Cuando advertí el movimiento de las lámparas ya no tuve dudas. En el descanso de la escalera me encontré a uno de los vecinos, se había doblado el tobillo al brincar del tercero al segundo piso. Algo le grité. Cojeando logró rebasarme. Recordé que no había cerrado la puerta. En la calle oí los



Foto: Rogelio Cuellar



Foto: Jorge Pablo de Aguirre

gritos, el edificio de la esquina, fracturado por el primer temblor, crujía, llegamos a la avenida en unos segundos. Unas mujeres, de rodillas, trataban de recitar una oración. Empezamos a gritar para que los conductores, atrapados en el congestionamiento, apagaran los motores de sus coches. Olía a gas. No recordaba en qué momento se había ido la luz. Los que habían llegado primero le gritaban a la gente que se pusiera a la mitad de la calle. Sabíamos que seguía temblando por el vaivén de los postes. Pensé en la necesidad de tender los cables bajo la tierra para evitar que cayeran sobre la gente en terremotos y tormentas. El personal de seguridad del almacén pidió a la gente que se alejara. Las bóvedas estaban fracturadas. El movimiento cedió. Entonces advertí que había cometido todos los errores que provoca el pánico.

### Duró mas de dos minutos

“**E**l temblor que anoche nuevamente sacudió a esta ciudad ocasionó el derrumbe de varias decenas de inmuebles, y de inmediato el ejército y otros cuerpos de seguridad iniciaron la evacuación de personas en distintas zonas ciudadanas. La magnitud del fenómeno fue de 6.5 grados en la escala de Richter, y su epicentro fue localizado a 370 kilómetros al suroeste de la capital, frente a la desembocadura del río Balsas, entre los estados de Guerrero y Michoacán.” (*La Jornada*, 21 IX, 85.)

### El hueco

**N**os ufanábamos de poder caminar nuestra ciudad por la noche con una ligera estadística a cuestas. Afirmados por la negación de los otros, fuimos siempre más capaces; a otros, la crisis

económica les pegaba más duro; a otros se les desbordaba la muerte por hambre en países sobrepoblados, nosotros siempre podríamos comer por lo menos tortillas; a otros los encerraban en barrios según su color, a nosotros nadie nos corre de Perisur si logramos llegar ahí; a otros les cuestan las escuelas, a nosotros nos amontonan en salones donde profesores mal pagados repiten sus rutinas; a otros los matan si la ciudad queda a oscuras, nosotros podemos caminar por la noche con un pequeño riesgo decimal de ser víctimas de algún vengador, de alguna pandilla de bien o mal vestidos. Nuestra ciudad es única y vamos por ella en multitudes que olvidan la muerte que cuelga, queremos llegar al día nuevo, resistimos en los pasos por las calles oscuras, en los patios, en la entrada de nuestra calle donde esperamos oír el desgarramiento, la caída de las varillas y la detonación y no nos vamos, mientras sigamos juntos sabemos que habrá una voz, un abrazo, una certeza que nos dejará de este lado del abismo. A lo lejos oímos los gritos de los que trabajan en el salvamento.

### La conversión de un pueblo

“El 19, y en respuesta ante las víctimas, la ciudad de México conoció una *toma de poderes* de las más nobles de su historia, que trascendió con mucho los límites de la mera solidaridad, la conversión de un pueblo en gobierno y del desorden oficial en orden civil. Democracia puede ser también, la importancia súbita de cada persona.” (Carlos Monsiváis, *Proceso*, 23 IX, 85.)

### ¿Cuál normalidad?

La nueva semana se inició con un tropel de confirmaciones. Aferrados a la vida volvíamos cientos de atrapados para no olvidar nunca la sonrisa de los topes, los golpes, la nueva luz. En muchos casos ya no había dudas. La remoción de escombros anulaba la esperanza. Muebles destrozados, un objeto familiar, el cuerpo llevado rápidamente al laberinto de los trámites, la compañía en el larguísimo tránsito y luego un montón de tierra removida y la sensación de no tener futuro, la incapacidad de decir lo que se tiene en el fondo de la memoria, una absurda vuelta a la normalidad y la pregunta, ¿cuál normalidad?

### Cifras sin sentido

“En tanto que la jerarquía militar comenzó a coordinar todas las acciones de rescate emprendidas por socorristas, trabajadores de dependencias oficiales y voluntarios, y la policía preventiva mantuvo centros operativos en toda la ciudad, la Procuraduría de Justicia del DF informó que hasta las 15 horas de ayer el Ministerio Público había tomado conocimiento de mil 180 defunciones y que había aproximadamente unos 15 mil heridos que ya habían recibido atención médica, de los cuales más de 90 por ciento estaban fuera de peligro.” (La Jornada, 23 IX, 85.)



Foto: Rogelio Cuéllar

### Luego de toda la historia reencontramos un espacio en el mundo

Quizá para él, la presencia de las brigadas ya no signifique nada: sus padres y hermanos aparecieron muertos antes de que pudieran llegar los perros a rastrear las últimas esperanzas. Alemanes, franceses, suizos, llegaron, hicieron su trabajo, se asombraron de la voluntad y disciplina del pueblo, se enardecieron contra quienes les impidieron llegar más pronto a los sitios de derrumbe, rescataron cuerpos y sobrevivientes, agotaron los recursos físicos y los diplomáticos y volvieron a su país. Quizá para muchos no sea más que una noticia en el periódico. Vinieron presidentes, primeros ministros, actores, alpinistas, bomberos, llegaron aviones de muchas partes del mundo, traían dinero, alimentos, medicinas, equipo. Nosotros,

que temíamos seguir solos frente al desastre, tuvimos de pronto la noción de humanidad, formábamos parte de una especie capaz de la máxima destrucción y de la construcción máxima. Nuestros movimientos formaban parte de los movimientos del hombre genérico. En la progresiva complicación de la economía, México era clave, el terremoto, las dificultades, la imposibilidad real de pagar, la posibilidad real de declarar la moratoria, los días críticos, las visitas de los líderes. Entre la renovación total y la contención se impuso la vuelta a la normalidad. Pero algo se ha roto más allá de las contingencias físicas, más allá del rostro de la catástrofe. Las voces repiten la misma noción: ¡todo ha cambiado!

### Nuevamente peregrinos

Aprendimos a vivir aquí y volvemos a la marcha con la palabra desalojo a cuestas. Hicimos nuestros refugios, los cargamos con todos nuestros signos, depositamos en espacios prestados nuestras historias. A la evacuación sigue el desalojo, el apoyo temporal de los amigos, el albergue, luego la incertidumbre, la necesidad de decidir la textura de otros horizontes. Ya no podemos ser voluntarios. Ya no podemos rescatar nuestro miedo de entre los escombros removidos, dolientes de la metamorfosis, jardines minúsculos y mentirosos. Los que lo tienen, se aferran a su trabajo. Los que lo tienen, reparan los daños en su espacio. Las órdenes se vuelven caos. Los congestionamientos anulan la normalidad, los escombros la niegan, los jardines efímeros la ridiculizan. Un anillo de metal y pólvora, verde caqui, electrónico, salarial, está aplicado al cuerpo de la multitud para obligar la vuelta a la normalidad. Pero ya no tenemos casa donde ser normales, ni calles, ni trabajos, ni oficinas, ni algunos de nuestros amigos están para discutir con ellos los caminos de la normalidad. Venimos a vivir aquí, herederos de peregrinos. Aquí crecimos, aquí hicimos calzadas, proyectos, amores, batallas, planas con las primeras letras, espacios habitables, marchas estudiantiles, flores de papel, chismes, teorías, peceras, libreros, matrimonios, hijos, nietos, rescates, cuentos, rumores, planes. Nuestras casas están rotas y no tenemos a dónde ir. ¿Es esa la normalidad? ◇